

**CATEGORÍA A  
(E. PRIMARIA)  
MODALIDAD INDIVIDUAL**

**“La historia de un perrito”  
Gloria Fuertes**

Regalaron a los niños  
un cachorro de seis días.  
El perrito casi no andaba ni veía.

Le criaron con biberón  
y puré de salchichas,  
pero no lo acariciaban,  
le estrujaban,  
le estrujaban ¡qué paliza!

El perro a los niños  
les alegraba, les hacía niñerías.  
Los niños al perro  
le hacían perrerías.

Creció el perro paso a paso,  
y los niños ya no le hacían caso.

Cuando la familia  
se fue de vacaciones,  
le abandonaron en la carretera  
entre unos camiones.

Y dijo el perro ladrando en voz alta  
(que quien lo escuche se asombre)  
-Me dan ganas de dejar de ser  
el mejor amigo del hombre.

Pasó días sin beber nada,  
sin comer algo.  
El perro cambió de raza,  
parecía un galgo.  
Le recogió un viejo mendigo.  
Le dijo: -Voy a ser tu amigo,  
te cortaré el flequillo  
y serás mi lazarillo.

El perro movió el rabo,  
estiró el hocico,  
movió la nariz,  
por primera vez fue feliz.

## “Matilda” Roald Dahl

Ocurre una cosa graciosa con las madres y los padres. Aunque su hijo sea el ser más repugnante que uno pueda imaginarse, creen que es maravilloso.

Algunos padres van aún más lejos. Su adoración llega a cegarlos y están convencidos de que su vástago tiene cualidades de genio.

Bueno, no hay nada malo en ello. La gente es así. Sólo cuando los padres empiezan a hablarnos de las maravillas de su descendencia es cuando gritamos: «¡Tráiganme una palangana! ¡Voy a vomitar!».

Los maestros lo pasan muy mal teniendo que escuchar estas tonterías de padres orgullosos, pero normalmente se desquitan cuando llega la hora de las notas finales de curso. Si yo fuera maestro, imaginaría comentarios genuinos para hijos de padres imbéciles. «Su hijo Maximilian —escribiría— es un auténtico desastre. Espero que tengan ustedes algún negocio familiar al que puedan orientarle cuando termine la escuela, porque es seguro, como hay infierno, que no encontrará trabajo en ningún sitio».

O si me sintiera inspirado ese día, podría escribir: «Los saltamontes, curiosamente, tienen los órganos auditivos a ambos lados del abdomen. Su hija Vanessa, a juzgar por lo que ha aprendido este curso, no tiene órganos auditivos».

Podría, incluso, hurgar más profundamente en la historia natural y decir: «La cigarra pasa seis años bajo tierra como larva y, como mucho, seis días como animal libre a la luz del sol y al aire. Su hijo Wilfred ha pasado seis años como larva en esta escuela y aún estamos esperando que salga de la crisálida».

(...)

A veces se topa uno con padres que se comportan del modo opuesto. Padres que no demuestran el menor interés por sus hijos y que, naturalmente, son mucho peores que los que sienten un cariño delirante. El señor y la señora Wormwood eran de esos. Tenían un hijo llamado Michael y una hija llamada Matilda, a la que los padres consideraban poco más que como una postilla. Una postilla es algo que uno tiene que soportar hasta que llega el momento de arrancársela de un papirotazo y lanzarla lejos.

(...)

Ya es malo que haya padres que traten a los niños normales como postillas y juanetes, pero es mucho peor cuando el niño en cuestión es extraordinario, y con esto me refiero a cuando es sensible y brillante. Matilda era ambas cosas, pero, sobre todo, brillante. Tenía una mente tan aguda y aprendía con tanta rapidez, que su talento hubiera resultado claro para padres medianamente inteligentes. Pero el señor y la señora Wormwood eran tan lerdos y estaban tan ensimismados en sus egoístas ideas que no eran capaces de apreciar nada fuera de lo común en sus hijos.